

Segundo libro, capítulo 9: Asonrando hacia ellos desde lo alto - Druid en el centro de la ciudad (Primer esbozo del libro)

- Segundo libro, capítulo 9: Asonrando hacia ellos desde lo alto - Druid en el centro de la ciudad (Primer esbozo del libro)

Segundo libro, capítulo 9: Asonrando hacia ellos desde lo alto - Druid en el centro de la ciudad (Primer esbozo del libro)

Dantes observaba con incredulidad, echando un vistazo breve a las ratas en la Vixen. Todo parecía transcurrir como de costumbre, con algunos marineros matutinos ayudando a las chicas. Los matones parecían haber cambiado de guardia, descansando en turnos: uno en la azotea tomándose una siesta y la joven del callejón dentro, tomando algo.

Él miró alrededor. Básicamente estaba acorralado, y tratar de salir empujando sería llamar demasiado la atención, así que decidió quedarse a ver la pelea y concentrarse por completo en la jaula. Los cuatro mercenarios en un lado eran un grupo diverso. Había una mujer con arco en la retaguardia, un hombre con un martillo de guerra de dos manos en la delantera, otro con una lanza, y una mujer con una larga y delgada espada. Todos llevaban armadura, y aunque no reconocía los emblemas, estaba bastante seguro de que eran miembros de alto rango de diferentes organizaciones de mercenarios, además de estar en la guilda de aventureros con rango de lobo, el cual recordaba que estaba en una posición relativamente alta. Era común que los mercenarios trabajaran como aventureros entre guerras, para mantener el flujo de oro.

El hombre solitario estaba despejado y cubierto de músculos firmes. Su cabello era largo y castaño claro. Parecía humano, por lo que podía distinguir, pero era tan bello como un elfo, con una sonrisa que parecía reflejar directamente el sol en los ojos de Dantes. Si Dantes luciera como él, sería empleado en “El Magnífico Cuerno de Toro” en la parte alta de la ciudad, viviendo una vida plena siguiendo la carrera de su madre. Se encontró apoyando a los otros cuatro combatientes.

Antes de que comenzara la pelea, el apuesto hombre con el bastón levantó su arma en alto. “Ofrezco este combate en nombre del Dios de la Justicia.”

Dantes reprimió una risa, su cinismo interno no permitiéndole tomar la declaración en serio. Sin embargo, se sorprendió cuando más tarde la multitud respondió con un vítores. Puso atención para escuchar lo que decían a su alrededor.

“-No puedo creer que esté aquí. La última vez que supe, estaba matando dragones en Viscent.”

“-Está buscado en Frashed por liberar esa caravana de esclavos...”

“-No puede ser que haya matado a un demonio. Creería en el minotauro, pero en un demonio... eso es una locura.”

“-Se dice que su lanza solar puede dañar incluso a los espíritus.”

“¿Por qué está aquí?”

“-No puede ser por la fuga de la prisión. Eso acaba de suceder. Habría tenido que cruzar todo el continente en muy poco tiempo.”

Dantes levantó una ceja y observó nuevamente al hombre. En la ciudad había rumores sobre este o aquel aventurero, pero nunca le habían parecido demasiado interesantes. Mondego había disfrutado jugar a ser aventurero cuando era niño, ya que solía ver muchos de ellos en la tienda de su padre, en el distrito de la gilda, pero Dantes había estado ocupado robando bolsillos.

Un cuerno sonó, y comenzó la pelea. Dantes esperaba que el hombre con el bastón se defendiera al principio, pero se llevó una sorpresa cuando, en lugar de eso, se lanzó hacia adelante contra el hombre con el martillo de guerra, apuntando con su bastón a la cara del rival. El con el martillo logró mover la cabeza justo a tiempo, pero el bastón se estrelló rápidamente contra un lado de su rostro, doblándose por la velocidad del golpe, antes de romperse en un ángulo contra la cara del adversario, haciendo que girara hacia el suelo, seguido de su cuerpo.

El hombre con la lanza se movió para golpear al unísono con la mujer que manejaba la espada rapiere, y justo cuando sus ataques estaban a punto de impactar al hombre con la vara, éste pareció desaparecer, antes de que ellos se dieran cuenta de que él clavó su bastón en el suelo y se quedó sobre la punta, sonriéndoles mientras los miraba desde arriba.

La mujer arquera dejó escapar una flecha hacia él y él la atrapó con una mano antes de caer intencionadamente desde la punta del bastón hacia el soldado con lanza, aprovechando para ir por debajo de su guardia y meter la punta de la flecha en su nariz, para luego empujarle con la palma abierta y lanzarlo al suelo.

El hombre fue a recuperar su bastón, y la mujer con la espada rapiere empezó a atacarlo de manera salvaje, realizando una docena de estocadas, mientras la arquera comenzó a disparar flechas con mayor liberalidad hacia él.

Él mantuvo la calma, con una sonrisa en el rostro, esquivando golpe tras golpe. De alguna forma lograba hacerlo sin ceder terreno, moviéndose solo lo necesario para evitar sus ataques.

Cuando los soldados con lanza empezaron a levantarse, él logró apartar la rapiere golpeándola con la palma de su mano. La fuerza de ese golpe casi hizo girar a la mujer, y cuando recuperó el equilibrio, él ya tenía su bastón, con el que asestó un golpe en la muñeca de ella, desarmándola.

El soldado con lanza se lanzó hacia él, y tuvieron un breve intercambio de golpes, que el portador del bastón combatió con solo una mano en su arma. Finalmente, como si se aburriera un poco del espectáculo, clavó la punta del bastón en el estómago del soldado, atrapó la lanza cuando el hombre empezó a perder el conocimiento, y la arrojó con tanta fuerza que, al chocar con la capucha de la arquera, la lanzó contra la pared lejana y quedó incrustada allí, la fuerza pareció dejarla inconsciente.

Dantes exhaló lentamente, sin haberse dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración mientras observaba la pelea. No pudo haber durado más de dos minutos. Dantes había visto y participado en varias peleas en su vida. Sabía que no era un luchador de cuerpo a cuerpo. En su grupo, ese papel siempre había sido de Mondego, por ser el más grande de todos, pero no pensaba que fuera malo peleando. Había ganado más de lo que había perdido. Sin embargo, aquel hombre era de un nivel distinto. Incluso los hombres y mujeres que acababa de derrotar solos lo habrían masacrado en segundos, y Dantes tenía la impresión de que ese hombre podía enfrentarse a ellos diez veces más sin siquiera sudar. Debía tener algo divino o mágico, pero eso también escapaba a la capacidad de Dantes para juzgarlo.

El hombre, ahora el único que permanecía en pie en la arena, levantó su bastón y la multitud estalló en vítores y aplausos.

“¡Gavain! ¡Gavain! ¡Gavain! ¡Gavain!”

Satisfaciendo su curiosidad y con la multitud que comenzaba a dispersarse, Dantes empezó a abandonar la arena y a dirigirse de regreso a la calle para buscar la sede de los “Infieles Olvidados”. No había entendido la atracción que los aventureros ejercían en su infancia, pero si hubiera visto a alguien como Gavain, probablemente habría tomado un camino diferente. Podría haber estado desarmando trampas y abriendo cerraduras en una mazmorra en busca de tesoros, en lugar de robar a otros. Aunque, pensándolo bien, siempre estaban robando de una u otra forma. Solo que, por alguna razón, parecía más aceptable para la mayoría. Quizá porque los liches y dragones no eran considerados ‘dueños’ de lo que poseían.

Sea cual sea el caso, se preguntaba cuánto costaría contratar a un músculo como Gavain para un trabajo. Había elogiado al Dios de la Justicia, pero al mismo tiempo era miembro de la guilda de Aventureros, lo que significaba que el dinero debía tener algún valor para él. Contar con ese tipo de poder para sabotear la operación de Mondego le resultaba sumamente atractivo, aunque dudaba de su practicidad. Además, es difícil controlar algo tan fuerte. Podría perder la venganza personal que deseaba si enviaba a alguien como Gavain tras él.

Finalmente, Dantes llegó al borde del distrito de la guilda, y fue allí donde encontró lo que buscaba. El edificio de los Olvidados del Infierno era un antiguo almacén claramente convertido. Frente a él se encontraban varios hombres y mujeres de aspecto rudo, cubiertos de cicatrices y armados con armas en la espalda o a su costado. Dantes consideró preguntarles por la arena clandestina que buscaba, pero reconsideró y, en cambio, expandió sus sentidos hasta detectar varias cucarachas que reptaban en un amplio espacio subterráneo. Se acercó hacia donde las percibió y vio un edificio aparentemente abandonado, con un hombre apoyado contra una pared en el exterior, medio dormido.

Dantes no se molestó en hablar con él, sino que se deslizó junto a él y encontró una escalera que descendía casi de inmediato dentro del edificio. Los peldaños de madera pronto se convirtieron en piedra y Dante se dio cuenta de que se encontraba en una sección cerrada de las ruinas bajo la ciudad. Se abrió en un espacio amplio y vio una gran fosa en la que un alto elfo golpeaba un poste de madera cubierto de cuerdas. La fuerza de sus golpes hacía temblar el poste, y la rapidez con la que atacaba lo hacía casi parecer una sombra. Era un torbellino de codos y rodillas, pero se detuvo después de un golpe especialmente fuerte que hizo crujir el poste con un fuerte sonido de quiebra.

Con el hombre aún allí, Dante pudo observarlo mejor. Era corpulento y musculoso, con varias cicatrices y quemaduras en todo su cuerpo. Su cabeza estaba rapada, algo raro en un elfo, y sus orejas terminaban en líneas horizontales donde parecían haber sido cortadas. Una de esas orejas se movió ligeramente cuando Dante decidió hacer que sus pasos fueran lo suficientemente ruidosos para ser escuchados.